

Publicado en: **Nuevas lecturas de *La Florida del Inca***. Ed. Carmen de Mora. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2008, pp. 85-102.

“Literatura, memoria y duelo en *La Florida del Inca*”

Raúl Marrero-Fente (Universidad de Minnesota)

Quiero leer estas páginas sobre el líder indígena Vitachuco como un relato sobre la sensación de derrota, el sentimiento de dolor de la pérdida y el trabajo de duelo. No voy a hablar de la historiografía sobre este texto (Adorno/Pautz 150-153), tampoco de los datos históricos (Hudson) o de la subjetividad, ni el cuestionamiento de las reglas del discurso analizados anteriormente por la crítica (Mora 19-81). En su lugar voy a dedicar mi trabajo a reflexionar sobre la relación entre la lengua y la muerte en *La Florida*, a partir de una lectura detenida de los capítulos 20 al 29 del Libro segundo de la primera parte de *La Florida del Inca*. ¿Por qué hablar de la muerte en esta obra? ¿Cómo no hablar de la muerte en *La Florida del Inca*?, o lo que es más preciso aún cómo evitar pensar sobre la muerte en *La Florida*, texto marcado por la violencia y la destrucción física de sus protagonistas españoles e indígenas. Una lectura panorámica de esta obra nos permite ver que el personaje principal en *La Florida* es la muerte y sus asociados: la pérdida, el duelo y la memoria. Por razones de espacio voy a concentrar mi análisis en una selección de capítulos que ayudan a desarrollar mi tesis.

En los capítulos 20 al 29 de la primera parte del Libro segundo de *La Florida del Inca*, Garcilaso trata de la historia del cacique Vitachuco y su rebelión contra los españoles. En este trabajo voy a analizar quién es este cacique y qué importancia tienen estos capítulos en la obra del Inca. De acuerdo a la lectura que propongo en estos capítulos no sólo se cuenta la historia de Vitachuco, también se habla de asuntos más complejos, entre ellos, cómo escribir sobre el Nuevo Mundo. En primer lugar la ubicación de los capítulos en el conjunto de la obra está en función de la búsqueda del equilibrio y la simetría de acuerdo a las normas de la prosa renacentista. Podemos entender mejor este punto si comparamos la ubicación de los capítulos dedicados a la muerte de Vitachuco y los capítulos dedicados a la muerte de Hernando de Soto. La muerte de Vitachuco aparece en el capítulo 28 al final de la primera parte y parece ser un recurso retórico para mantener la simetría estructural de los libros divididos en dos partes, por eso coincide con la ubicación de la muerte de Hernando de Soto en el Capítulo VII que marca la mitad del libro cinco (Galloway 38).

La importancia de los capítulos dedicados a Vitachuco va más allá de las razones de ornato y equilibrio en la retórica renacentista. Analizar el complejo proceso de elaboración de los capítulos 20 al 29 pone al descubierto aspectos más elusivos del texto y del proceso de redacción de la obra. El Inca comienza declarando: “El mayor cuidado que se hubo fue escribir las cosas que en ellas se

cuentan como son y pasaron;” y en el capítulo 27 del libro segundo de la Primera parte también afirma: “Donde se responde a una objeción o contraposición.” Ambos momentos constituyen la defensa más articulada de las ideas sobre la verosimilitud y la representación de la verdad en la obra. La exposición de las concepciones historiográficas del Inca en el “Proemio” forman parte de una rica tradición literaria de la época y explica la retórica de su discurso. En mi opinión la ubicación de la defensa del autor en el capítulo 27 es más excepcional porque aparece inmerso dentro del relato sobre el indígena Vitachuco. Las ideas expuestas por Garcilaso en este capítulo son una ampliación, mucho mejor elaborada del concepto de veracidad del “Proemio” y su presencia en esta parte del texto es singular. ¿Por qué aparece esta defensa de la veracidad de la obra en este pasaje? El mismo Garcilaso nos responde: como parte de la defensa de la representación de los indígenas en el texto. Para Garcilaso el punto principal en este pasaje es demostrar la racionalidad de los indígenas, motivo de largos debates teológicos y jurídicos durante el siglo XVI.

La estrategia retórica del Inca se apoya en el uso de autoridades como el padre José de Acosta y su *Historia Natural y Moral del Nuevo Mundo* como apoyo a las tesis sobre la humanidad de los amerindios. Pero el punto principal del argumento está construido en torno a la figura del testigo de vista. La institución literario-jurídica del testigo de vista inaugura un cambio importante en la historiografía: el paso de la autoridad en el discurso historiográfico hacia el testimonio del testigo. Como destaca Foucault la preeminencia del testimonio basado en el relato de testigo fue una de las bases del cambio en los mecanismos de búsqueda de la verdad, en especial de la evolución de la indagación, que a partir de 1492 tuvo como escenario principal los territorios del Nuevo Mundo (48). De ahí que el Inca siempre se apoya en Silvestre el veterano de la expedición de Hernando de Soto que cuenta los hechos ocurridos entre 1539 y 1543:

Y en lo que toca al particular de nuestros indios y a la verdad de nuestra historia, como dixé al principio, yo escribo de relación agena, de quien lo vio y manejó personalmente. El qual quiso ser tan fiel en su relación que, capítulo por capítulo, como le iba escribiendo, los iba corrigiendo, quitando o añadiendo lo que faltava o sobrava de lo que él avia dicho, que ni una palabra agena por otra de las suyas nunca las consintió, de manera que no puse más de la pluma, como escriviente” (Garcilaso 220)

La cita es un ejemplo del tópico de la convencionalidad de las normas en la historiografía renacentista. Las ideas principales del pasaje son la del testigo de vista, la veracidad del discurso que narra hechos históricos y, de manera especial, la insistencia en la separación entre autor y “escriviente”, aspecto también relacionado con el tópico de la falsa modestia. La redacción de *La Florida* se ofrece como producto de un autor-testigo, en la que Garcilaso se autorepresenta sólo como figura intermedia del redactor que transcribe un dictado. El vínculo textual con los hechos narrados es a través de la escritura que funciona como legitimadora de la veracidad de la historia. La defensa de la obra es una de las funciones más conocidas de los

prólogos de la época, apareciendo en numerosos prefacios y en diferentes partes del texto. La ubicación de esta defensa del autor en el Libro segundo cumple una función retórica más importante y es servir de apoyo a la tesis de la veracidad de la historia de Vitachuco. Por eso el segundo punto de la autodefensa del Inca en el Capítulo 27 es la identidad étnica, a partir de la cual defiende por extensión, la idea de la racionalidad de los indios. Otra vez aparece el tema de la escritura y sus límites, pero ahora problematizado a través de la identidad del sujeto y de los propósitos derivados de esta singular posición existencial. Así explica Garcilaso su postura:

Pues decir que escribo encarecidamente por loar la nación porque soy indio, cierto es engaño, porque con mucha vergüença mía, confieso la verdad: que antes me hallo con falta de palabras necesarias para contar y poner en su punto las verdades que en la historia se me ofrecen, que con abundancia dellas para encareçer las que no passaron” (221).

El tópico de la humildad está creado a partir del origen étnico y de la confesión pública que funcionan como elementos de apoyo de la veracidad de la obra y como parte del tópico de ganar la benevolencia del lector. Desde el punto de vista retórico, Garcilaso crea un quiasmo que invierte la posición de las ideas para controlar el argumento. De esa manera construye una pequeña narración sobre su infancia en Perú y los problemas que impidieron una mejor educación como argumento de supuestas limitaciones expresivas. El tópico de la falta de palabras para narrar los hechos es uno de los temas del discurso sobre el Nuevo Mundo y así aparece desde Colón. Pero en este caso está problematizado a partir de un sentimiento de la diferencia étnica y de las consecuencias sociales de la condición de otredad. Es precisamente este sentimiento el eje central del discurso en este capítulo 27. Así, el origen étnico “porque soy indio” no sólo funciona como justificación de la supuesta incapacidad expresiva, sino como respuesta anticipada a las dudas sobre la posición del “escriviente” y a la manera en cómo aparecen representados en el texto los indígenas. El Inca comprende que necesita crear otro argumento en apoyo a su postura y por esa razón aparece el diálogo entre “mi autor” y el “escriviente.” Una escena que complica el texto porque introduce elementos de la tradición literaria del diálogo y de los prefacios, en especial la preterición, que funciona como la figura retórica entre el “hijosdalgo ... fidedigno,” y el escribiente al transferir la defensa de Garcilaso y de la obra al español, quien termina el diálogo y el capítulo 27 con las siguientes palabras:

Por ende, escrevid con todo el encarescimiento que pudiéredes los que os he dicho, que yo os prometo que, ...por más y más que en las bravosidades y terriblezas de Vitachuco y de otros principales que adelante hallaremos os alarguéis, no lleguéis donde ellos estaban en sus grandezas y hazañas (Garcilaso 222).

Ahora podemos entender la función del capítulo 27 y por qué aparece intercalado entre la historia de Vitachuco. Su función es servir de comentario

filológico a los problemas confrontados por Garcilaso en la búsqueda de formas novedosas de representación de los amerindios. ¿Por qué unos capítulos sobre unos indígenas que “saben hablar como cualquiera otra nación de mucha doctrina”(222) requieren tanta explicación? ¿Cuál es el propósito de insistir en la veracidad de estos pasajes? Una lectura detenida de estos capítulos permite responder estas preguntas y entender el proyecto de escritura de Garcilaso. Dentro del plan general de *La Florida del Ynca*, el relato de la rebelión, captura y muerte del “curaca” Vitachuco aparece como uno de los pasajes mejor elaborados del libro. Estos capítulos se caracterizan por combinar acciones guerreras y alocuciones de los indígenas, quienes de esta manera presentan al lector sus pensamientos sobre la conquista y ayudan a tener una perspectiva más amplia sobre los hechos narrados, aspecto que no aparece en otros cronistas.

Garcilaso no menciona un informante específico en el episodio de Vitachuco por eso podemos dudar que sea una elaboración retórica, una amplificación del discurso con el objetivo que lograr un mejor ornato y cumplir una función similar a la de los relatos intercalados. Como señala Galloway, la mayoría de las descripciones de escenas de guerra en el texto provienen de las dramatizaciones de Garcilaso de las admirables cualidades de los indios que igualan o exceden las normas de la época en Europa. El vehículo favorito de Garcilaso para las dramatizaciones de las escenas de guerra es el retrato del Indio noble en oposición a otros indígenas subordinados, generalmente en una situación conflictiva y a menudo estos indígenas son una elaboración generalizada de diferentes individuos vistos en otras narraciones, como en el caso del fiero e indoblegable jefe Vitachuco cuyos planes de atacar a los españoles y cuyos pensamientos más profundos son revelados a los lectores a través del artificio de una serie de traductores a quienes supuestamente él revela sus planes. Ninguno de estos personajes aparece en los otros relatos (39).

En mi opinión el relato sobre Vitachuco es una creación más compleja de Garcilaso. Si comparamos las diferentes relaciones del Hidalgo de Elvas, de Luis Hernández de Biedma y de Rodrigo Ranjel que son los textos conocidos de la expedición de Hernando de Soto en ninguno aparece un indígena llamado Vitachuco. Las veces que aparece un vocablo similar es para referirse a un poblado o a un territorio. Así, en la *Relación del caballero de Elvas* dice: “un pueblo llamado Vitachuco” (Clayton 71), en la *Relación de la isla de la Florida* de Luis Hernández de Biedma es también un nombre geográfico: “ellos se fueron hasta el pueblo más cercano, llamado Ivitachuco” (Clayton 227), igual que en la *Relación* de Ranjel inserta en la *Historia natural y moral de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo: “ el río o pantano de Ivitachuco” (Clayton 267). Garcilaso emplea el vocablo Vitachuco en dos sentidos para referirse al líder indígena y para nombrar el poblado donde ocurre la batalla entre la expedición de Hernando de Soto y los indígenas de la étnia Timucuana. Tampoco encontramos coincidencia con los otros cronistas porque Elvas llama al poblado Napetuca o Napetaca, mientras que Biedma no lo menciona y Ranjel dice Napituca. Otra diferencia importante aparece en relación a un cacique que solamente aparece en Ranjel llamado Uriutina y que los otros

testimonios no mencionan; mientras que el cacique que capturan los españoles y que origina la batalla se llama Aguacaleyquen en Ranjel, y figura como Caliquen en Elvas, en Biedma viene como Aguacalecuen y en Garcilaso como Ochile.

Una lectura comparada de las relaciones de Elvas, Biedma y Ranjel permite ver el proceso de elaboración del relato de Vitachuco en *La Florida*. En la *Relación de Elvas* la historia comienza después de abandonar el pueblo de Caliquen el 10 de septiembre, llevando consigo al cacique prisionero. Unos tres días después comienzan a aparecer los indígenas, tocando flautas, que es la señal por la cual dejan saber que vienen en paz y le piden a Hernando de Soto que libere a su cacique, pero éste se niega. El día 15 de septiembre llegan al pueblo de Napetuca. Allí 14 ó 15 indígenas vienen y le piden a Soto que deje libre al cacique su señor, a lo que él responde que quiere tenerlo consigo hasta llegar a Uzachil. Entonces Soto se entera por Juan Ortiz que un indio le contó que estaban preparando un ataque para liberar al cacique. El día del ataque Soto preparó la tropa en secreto. Vinieron 400 indígenas con sus arcos y flechas y enviaron dos mensajeros que le dijeron a Soto que liberara a su cacique. El gobernador con seis soldados lleva de la mano al cacique y conversando con él, para engañar a los otros indígenas, llega hasta el sitio donde ordena el ataque. Inmediatamente, los jinetes y soldados escondidos en las casas del pueblo, atacaron a los indígenas. Mueren 30 ó 40 indígenas y el resto huye hasta unos lagos, donde resisten hasta que al amanecer del día siguiente se rinden todos con la excepción de 12 de los principales indígenas que mueren. En cautiverio los indígenas encargan a uno de los suyos que era traductor y al que consideraban valiente que tan pronto viniera el gobernador a hablar con él, lo tomara con sus manos por el cuello y lo ahorcara. Pero tan pronto vio al gobernador le dio un golpe tan fuerte en la nariz que lo dejó ensangrentado. Inmediatamente todos los prisioneros indígenas se sublevaron y empezaron a atacar a los españoles. Al final unos 200 indígenas son vencidos y ejecutados con flechas por los indígenas Paracoxi que servían a los españoles (Clayton 66-69). La *Relación de Elvas* habla de un ataque fallido de los indígenas, pero no es organizado por un cacique, sino por 14 ó 16 indígenas. Ortiz se entera por un indio de los planes de ataque y le avisa al gobernador. Entonces los españoles acuerdan una emboscada usando la caballería, que esconden dentro de las casas del poblado, similar al ataque contra Atahualpa en Cajamarca.

En un célebre pasaje del capítulo 20 Garcilaso comienza la historia del 'curaca' Vitachuco que airado por la capitulación de sus hermanos ante los españoles, se presenta ante el lector con una arenga:

Vitachuco respondió estrañíssimamente con una brabosidad nunca jamás oída ni imaginada en indio que, cierto, si los fieros tan desatinados que hizo y las palabras tan sobervias que dixo se pudieran escrevir como los mensajeros las refirieron, ningunas de los más bravos cavalleros que el divino Ariosto y el ilustríssimo y muy enamorado conde Matheo María Boyardo, su antecessor, y otros claros poetas introduzen en sus obras, igualaran con las

deste indio. De las cuales, por el largo tiempo que ha passado en medio, se han olvidado muchas, y también se ha perdido el orden que en su proceder traían. Mas diránse con verdad las que se acordaren, que en testimonio cierto y verdadero, son suyas las que en el capítulo siguiente se escriven, las cuales embió a decir a sus dos hermanos respondiendo a la embaxada que le hizieron” (Garcilaso 201).

Las palabras de Vitachuco siguen varios tópicos de la tradición literaria. En primer lugar, el famoso “traigo cosas nunca antes dichas” (Curtius 131), relacionado con la primera cualidad de la imaginación épica: su posibilidad de expansión hasta regiones nuevas de la imaginación. Idea que aparece desde el diario del primer viaje de Colon en 1492, y que recuerda la famosa frase de Bernal: “ver cosas nunca oídas, ni vistas y aún soñadas.” Pero el modelo que quizá conoció el Inca fue el prólogo del *Lazarillo de Tormes*: “Yo por bien tengo cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas” (Rico 3), que era el más popular. También el discurso de la preceptiva retórica ofrecía ejemplos de este tópico, como menciona la *Philosophia antiqua poética* de Pinciano: “cosa no oída ni vista” (Rico 3).

La declaración de Garcilaso pone de manifiesto su familiaridad con el tópico salvar la memoria del pasado. Este tópico sigue el modelo de Juan de Mena en el *Laberinto de fortuna* y es la idea principal que nos comunica el Inca. La necesidad de recordar los antiguos hechos heroicos por medio de la historiografía, es decir, la escritura en servicio de preservar la memoria histórica referencia obligada desde la sentencia menesca: “yaze en tinieblas dormida su fama/ dañada de olvido por falta de auctores.” Al que se une el modelo expresado por Fernán Pérez de Guzmán en *Loores de los claros varones de España* cuando lamentaba el olvido de los hechos heroicos del pasado por falta de poetas que los inmortalizaran. Este es el contexto de la historia literaria que el pasaje de Garcilaso alude al hablar del peligro del olvido en que pueden caer las palabras y acciones de Vitachuco. Así, al adoptar el autor el modo narrativo puede explicar las circunstancias de composición de la obra, que aparece bajo los tópicos salvar la memoria de las hazañas por medio de la escritura, logrando la inclusión de la verdad histórica, cumpliendo además con el tópico de la inmortalización, proveniente de la poesía (Curtius). Este motivo aparece también en los principales poemas épicos sobre la conquista de América, entre ellos *La Araucana* de Ercilla y las *Elegías de varones ilustres de indias* de Juan de Castellanos.

Garcilaso está consciente del uso del tópico literario de salvar la memoria, al que une ahora el del testigo de vista, que sirve para fundamentar su texto. Así, los mensajeros aparecen como testigos de las palabras de Vitachuco que llegan hasta el Inca en los testimonios de Silvestre y de los otros españoles que participaron en la expedición de la Florida. Desde el punto de vista subjetivo la función del testigo de vista será utilizada por Garcilaso para conferir autoridad a su texto, y de esta forma reforzar su credibilidad ante el lector. Este recurso fue señalado por Rodríguez-Vechini como el “intento de verosimilitud” (619) del autor. Esta institución literario-jurídica del testigo de vista empleada por Garcilaso responde a un cambio

importante en la historiografía: el paso de la autoridad en el discurso historiográfico hacia el testimonio del testigo. Como destaca Foucault la preeminencia del testimonio basado en el relato de testigos fue una de las bases del cambio en los mecanismos de búsqueda de la verdad, en especial de la evolución de la indagación, que a partir de 1492 tuvo como escenario principal los territorios del Nuevo Mundo (48). El testigo en este caso también está relacionado con la función de verosimilitud de la épica y en especial con la posición de testigo de vista similar a la desempeñada por Alonso de Ercilla en *La Araucana* cuando reclama que su poema es historia y no ficción (Dowling 112).

Pero el testigo tiene una importancia especial para el Inca. Me refiero a una serie de circunstancias que tienen repercusiones para toda la vida y que a partir de este momento le acompañarán hasta su muerte. Como señala Emilio Lledó:

Las palabras del testigo expresan lo que ha visto, pero, en esa expresión, lo pasado vuelve a adquirir, a través de él, una decisiva presencia. Su voz que testifica lo visto es, en el momento del testimonio, la objetivación y salvación de un momento irrepetible de la realidad. En la presencia del testimonio, se recupera la ausencia del momento pasado o de la realidad perdida. El “haber visto” se convierte en “estar viendo”. Lo pasado vuelve a recobrase, de modo nuevo, en el futuro (94).

Esta acción responde a una retórica de la simultaneidad de la visión temporal. Por eso escribir sobre la conquista de la Florida y la derrota de los indígenas americanos lleva a Garcilaso a confrontarse así mismo y a empezar a pensar sistemáticamente sobre el proyecto de explicar la conquista del Perú y la derrota de los incas. Cuando escribe de los otros indígenas comienza a reconocerse más él mismo como descendiente de los indígenas peruanos. Así, el trauma de la conquista que en los *Diálogos de amor* es reprimido y transferido de forma sublimada, aquí reaparece y asume una exterioridad que “saca” lo antes oculto. Los recuerdos del pasado peruano se mezclan con el presente de la escritura. La comparación con las sociedades indígenas y el trauma de la conquista, aquello de lo que no quería pensar antes, de lo que nunca había escrito aparece como confrontación, indagación y reconocimiento de su condición de otredad, que desemboca en una búsqueda de la identidad del mestizo peruano. Este proceso de auto-indagación culminará con la redacción de los *Comentarios Reales*. La memoria se manifiesta por medio de la literatura, de la palabra, de las voces quechuas que invaden el texto. En ocasiones aparecen momentos en que la voz autorial se resiste a emplear otros vocablos, así, por ejemplo se impone lentamente la voz andina curaca para referirse a los líderes indígenas de la Florida. La memoria de lo perdido trae necesariamente el sentimiento de la pérdida y exige entonces el trabajo de duelo como forma de resolver el conflicto psíquico.

El Inca menciona la novedad de las palabras de Vitachuco, pero de manera especial quiere llamar la atención del lector, insistiendo en el hecho de que es un

indio el que habla. En aras del ornato retórico aclara que estas palabras llegan a nosotros a través de los mensajeros. Hay aquí una primera instancia sobre la relación conflictiva entre lengua y traducción, que también implica en este caso la relación entre oralidad y escritura porque los mensajeros transmitieron de forma oral las palabras de Vitachuco. Lo que llega a nosotros es el resultado de una reelaboración artística que adopta la forma de la escritura renacentista con su catálogo de convenciones y reglas retóricas en aras del ornato del discurso y de los requisitos de la historiografía renacentista. Por eso insiste el Inca en este acto de transposición de la oralidad a la escritura y dice: “se pudieran escrevir como los mensajeros las refirieron”, adelantando así la meditación sobre la dificultad de narrar los hechos sobre el Nuevo Mundo y de manera especial, anticipa aquí el problema de la representación de las voces indígenas en un texto que sigue las reglas del discurso historiográfico renacentista. La escritura es entonces el vehículo de comunicación en el plano de la expresividad y en el plano hermenéutico porque sirve para explicar y dar a conocer esa otra realidad americana, que solo puede acceder al mundo europeo por medio de la escritura. Reproduce el Inca por medio de la figura de los traductores su propia condición de intermediario y traductor de códigos culturales diferentes. Pero en este caso la auto-figuración no se desarrolla y se explica como en otros pasajes, aunque lleva la marca de las limitaciones y peligros de su función. Expresadas como duda ante la imposibilidad de un testimonio fiel, por esa razón el Inca hace uso del ornato para embellecer el discurso historiográfico y menciona los poemas épicos de Ariosto y Boiardo como modelos literarios de la comparación con el personaje de Vitachuco. La mención a Ariosto y a Boiardo, sitúan la alocución de Vitachuco dentro de la prestigiosa tradición literaria de la poesía épica, en la que la arenga del héroe es uno de los tópicos principales de este género desde los modelos de la épica clásica. Garcilaso usa el modelo más prestigioso para aumentar la dignidad de su personaje, reforzando de esta manera la importancia de Vitachuco que nace en compañía de los personajes épicos del *Orlando enamorado* de Boiardo y del *Orlando furioso* de Ariosto.

La pregunta pertinente entonces es ¿por qué la referencia a la poesía épica y no a las crónicas? No basta decir que la épica era el género literario que gozaba de más prestigio en la época. Creo que hay otras razones por las que Garcilaso prefiere la poesía épica, pero antes necesitamos saber por qué no utiliza otras formaciones discursivas como las crónicas y las historias de la conquista que él conoce muy bien y entre las cuales hay modelos más importantes de personajes indígenas como el de Moctezuma que elabora Cortés en la segunda carta de relación y el de Mayobanexio en la *Historia de la invención de las Indias* de Fernán Pérez de Oliva. Esta última obra de menor divulgación, ya que no fue publicada por la muerte de su autor en 1531. Pero no hay que olvidar que el Inca pudo consultar el manuscrito de la *Historia de la invención de las Indias* en poder de Ambrosio Morales, sobrino de Pérez de Oliva y editor de sus *Obras Completas* en Córdoba en 1586 de las que excluyó, sin ofrecer una explicación, el texto de Pérez de Oliva.

Aunque la posible relación intertextual entre *La Florida* y la poesía épica renacentista fue señalada anteriormente, los estudios más recientes de la obra del

Inca comienzan a prestar mayor atención a la poesía épica de la conquista de América, y en especial a la relación con *La Araucana* de Alonso de Ercilla y las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos. Así, de acuerdo a Pupo-Walker: “En lo que se refiere a las normas retóricas la postura de Garcilaso, con respecto a Silvestre, es equiparable, por ejemplo, a la del hablante en el *Orlando enamorado* de Boiardo; es decir, un narrador que transmite celosamente las noticias y relatos que le comunicaba el Arzobispo Turpino” (54). Aunque aclara Pupo-Walker: “...tanto a los valores tonales del discurso como al ensamblaje formal de la narración, el *Orlando Furioso* y otros poemas épicos del Renacimiento pudieron influir a distancia en múltiples pasajes de *La Florida*” (80). Garcilaso usa el modelo más prestigioso de la épica para aumentar la dignidad de su personaje, reforzando de esta manera la importancia de Vitachuco que nace en compañía de los personajes épicos del *Orlando enamorado* de Boiardo y del *Orlando furioso* de Ariosto. Pero como señaló Hugo Rodríguez-Vechini:

Si por contagio con las semejanzas que le ofrecen esas obras de alto rango literario *La Florida* pretende distinción, consigue antes que nada poner al descubierto cómo procede su codificación de la nueva *res gestae*. De esta manera, autodescodificándose, llega a borrar los lindes convencionales entre el discurso histórico (cf. Julio César) y el poético, el poema heroico en este caso específico (cf. Ariosto y Boyardo) (613).

Una lectura detenida de los capítulos 20 al 29 del Libro Segundo de *La Florida* permite ver que la relación intertextual con el *Orlando Enamorado* o el *Orlando Furioso* es indirecta y aparece mediada por *La Araucana* una de las obras de mayor prestigio literario de su tiempo que trata de asunto del Nuevo Mundo. En mi opinión el personaje de Vitachuco está modelado en el personaje del araucano Galvarino porque ambos son héroes trágicos que se inmolan. Una rápida comparación entre las acciones y fragmentos declamatorios de ambos personajes pone de manifiesto muchos puntos similares. Vitachuco es un héroe perdedor y su imagen crea un recuerdo más fuerte, más cercano a las ideas del Inca sobre el carácter trágico de la conquista. A diferencia de otros personajes indígenas como Quigualtanqui quien logra sobrevivir la expedición de Hernando de Soto para maldecirla y es recordado por su valor (Rabasa 215), Vitachuco muere durante la conquista. Ambos indios cumplen una función en el texto y es la de hablar por ellos mismos, articulando la condena a las prácticas crueles de la conquista (Rabasa 214). Pero hay una diferencia entre ambos. Creo que Vitachuco es un personaje de mayor resonancia por la manera violenta en que muere, mientras que Quigualtanqui tiene una muerte no heroica, a la que sigue el olvido. La fama de Vitachuco depende de la literatura y de la capacidad de ésta de crear un símbolo del personaje indígena. Vitachuco existe en el futuro, mientras Quigualtanqui es un personaje del pasado.

Vitachuco tiene una muerte heroica porque muere combatiendo. Es precisamente la muerte en combate y en circunstancias extraordinarias la que permite hablar de coincidencias entre los personajes de Vitachuco y Galvarino. En primer lugar, la alocución inicial de Vitachuco a los embajadores que envían sus

hermanos es similar en el tono de denuncia a la arenga de Galvarino ante el senado araucano. Dice Vitachuco:

Bien parece que sois moços y que os falta juicio y esperiencia para dezir lo que açerca de esos españoles dezís. Loáislos mucho de hombres virtuosos que a nadie hazen mal ni daño y que son muy valientes y hijos del Sol, y que mereçen cualquiera servicio que se les haga. La prisiòn en que os avéis metido y el ánimo vil y cobarde que en ella avéis cobrado en el breve tiempo que ha que os rendisteis a servir y ser esclavos os haze hablar como a mugeres, loando lo que deviérades vituperar y aborrecer.¿No miráis que esos cristianos no pueden ser mejores que los passados, que tantas crueldades hizieron en esta tierra, pues son de una mesma nación y ley?¿No advertís en sus traiciones y alevosías? Si vosotros fuérades hombres de buen juicio, viérades que su misma vida y obra muestran ser hijos del diablo y no del Sol y Luna, nuestros dioses, pues andan de tierra en tierra matando, robando y saqueando quanto hallan, tomando mugeres e hijas ajenas, sin traer de las suyas. Y para poblar y hazer asiento no se contentan de tierra alguna de cuantas veen y huellan, porque tienen por deleite andar vagamundos, manteniéndose del trabajo y sudor ajeno. Sí, como decís, fueran virtuosos, no salieran de sus tierras, que en ellas pudieran usar de su virtud sembrando, plantando y criando para sustentar la vida sin perjuicio ageno e infamia propia, pues andan hechos salteadores, adúlteros, homicidas, sin vergüença de los hombres ni temor de algún dios. Dezidles que no entren en mi tierra, que yo les prometo, por valientes que sean, si ponen los pies en ella, que no han de salir, porque los he de consumir y acabar todos, y los medios an de morir assados, y los medios cozidos (Garcilaso 202).

La alocución de Galvarino resume el sentimiento de rebeldía de los araucanos y es el modelo más prestigioso de discurso en defensa de los derechos indígenas que aparece en *La Araucana* (Triviños 113-134). Dice Galvarino:

Si solíades vengar, sacros varones,
las ajenas injurias tan de veras,
y en las estrañas tierras y naciones
hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿cómo agora en las propias posesiones
unas bastardas gentes extranjeras
os vienen a oprimir y conquistaros,
y tan tibios estáis en el vengaros?

Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
miembro del vuestro, que por más afrenta
me envian lleno de injurias al Senado
para que dello sepa daros cuenta.
Mirad vuestro valor vituperado

Y lo que en mi el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todo uno a uno.

Por cierto, bien en vano han adquirido
tanta gloria y honor vuestros agüelos
y el araucano crédito subido
en su misma virtud hasta los cielos,
si agora infame, hollado y abatido,
anda de lengua en lengua por los suelos,
y vuestra ilustre sangre resfriada,
en los sucios rincones derramada.

¿Qué provincia hubo ya que no tremiese
de vuestra voz en todo el mundo oída,
ni nación que las armas no rindiese
por temor o por fuerza compelida,
arribando a la cumbre porque fuese
tanto de allí mayor vuestra caída,
y al término llegase el menosprecio
donde de los pasados llegó el precio?

Pues unos extranjeros enemigos
con título y con nombre de clemencia,
ofrecen de acetaros por amigos,
queriendo reducir a su obediencia.
Y si no os sometéis, que con castigos
prometen oprimir vuestra insolencia,
sin quedar del cuchillo reservado
género, religión, edad ni estado.

Volved, volved en vos, no deis oído
a sus embustes, tratos y marañas,
pues todas se enderezan a un partido
que viene a deslustrar vuestras hazañas;
que la ocasión que aquí los ha traído
por mares y por tierras tan estrañas
es el oro goloso que se encierra
en las fértiles venas desta tierra.

Y es un color, es apariencia vana
querer mostrar que el principal intento
fue el estender la religión cristiana,
siendo el puro interés su fundamento;
su pretensión de la codicia mana,
que todo lo demás es fingimiento,

pues los vemos que son más que otras gentes
adúlteros, ladrones, insolentes.

Cuando el siniestro hado y dura suerte
nos amenacen cierto en lo futuro,
podemos elegir honrada muerte,
remedio breve, fácil y seguro.
Poned a la fortuna el hombro fuerte,
a dura adversidad corazón duro:
que el pecho firme y ánimo invencible
allana y facilita aun lo imposible (Ercilla 630).

En segundo lugar, Vitachuco ataca sin armas, con sus propias manos a Hernando de Soto. La violencia inesperada de su acción sorprende a los españoles. En esto coincide con el ataque de Galvarino a un esclavo de los españoles después de tener las manos amputadas porque ambas acciones son extraordinarias. Ercilla narra el ataque de Galvarino:

Estando pertinaz desta manera,
Templándonos la lástima el enojo,
Vio un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través a la parada.
Y en él los pies y brazos añudados,
Sobre el húmido suelo le tendía,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batía:
Al fin junto a nosotros, a bocados,
Sin poderse valer se le comía,
Si no fuera con tiempo socorrido,
Quedando, aunque fue presto, mal herido (Ercilla 623).

En tercer lugar, Galvarino es ahorcado luego de caer prisionero por segunda vez y es una instancia del poema en la que interviene la voz de Ercilla dejando ver su oposición a esta ejecución. Dice Ercilla:

Yo a la sazón al señalar llegando,
de la cruda sentencia condolido,
salvar quise uno dellos, alegando
haberse a nuestro ejército venido;
más él luego los brazos levantando
que debajo del peto había escondido,
mostró en alto la falta de las manos

por los cortados toncos aún no sanos.

Era, pues Galbarino este que cuento
De quien el canto atrás os dio noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia,
El cual con el usado atrevimiento (724).

Por su parte, Vitachuco muere atravesado por las espadas de los soldados españoles después de su intento de matar a Hernando de Soto. La comparación con el personaje de Galvarino tiene un objetivo que va más allá de la lectura superficial de comprobación de influencias y fuentes literarias. El análisis detenido del proceso de modelación de los personajes permite entender otros aspectos de la obra del Inca que merecen un estudio más profundo. El Inca usa la tradición épica de “estetización” de la guerra (Quint 5), en la que el poeta identifica a cada uno de los guerreros con su nombre para medir la participación de cada personaje y así inscribir las acciones de los héroes en la memoria colectiva. Apoyado en los recursos de la poesía épica el Inca elabora un modelo de representación del indígena. En el mundo del poema épico el indígena obtiene el derecho a llevar su nombre cuando ejecuta una acción heroica. Garcilaso sigue la tradición de *La Araucana* de presentar escenas de combates, dedicando una atención particular a los esfuerzos de personajes individuales. El relato de Vitachuco pone de manifiesto el uso que hace el Inca de la épica para construir ficciones y tropos con una función expresiva: escribir una historia de la conquista en la que también escuchamos las voces de los vencidos y de los muertos. Esto explica porque aparecen aquí unidos en el mismo pasaje los capítulos sobre Vitachuco y la “protesta del autor” (cap. 26), igual que en *La Araucana* Ercilla presenta en el mismo canto la historias de Caupolicán y de Dido. Este mismo procedimiento aparece en los capítulos dedicados a Galvarino que vienen seguidos del relato de Fitón.

La historia de Vitacucho es una elaboración más compleja porque lleva en sí épica, retórica y una reflexión sobre la relación entre la literatura y la muerte. La relación entre literatura y muerte aparece en dos niveles. En primer lugar como hecho histórico porque es el relato de una expedición verdadera. En segundo lugar a nivel filosófico (Chang-Rodríguez 27-52) porque esconde “una verdad más profunda” (Rabasa 209) que es el sentimiento de los perdedores por la derrota y el trabajo de duelo por los muertos. El relato de Vitachuco funciona como algo más importante para el Inca: es la proyección del malestar por la derrota incaica y la captura de Atahualpa que impide el acto heroico. La narración del Inca pone de manifiesto la necesidad del sacrificio para crear el mito. Esta es la función del personaje de Vitachuco en el relato sobre la expedición de Hernando de Soto: servir de ejemplo ante la capitulación y la traición. El relato de Vitachuco proyecta el sentimiento de anticipación del Inca sobre la conquista del Perú y se radicaliza a partir de la experiencia de escribir *La Florida*.

Obras Citadas

- Adorno, Rolena & Patrick Charles Pautz, eds. Alvar Núñez Cabeza de Vaca. *His Account, His life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*. Lincoln & London: University of Nebraska Press, 1999. Vol. 3.
- Clayton, Lawrence A., Vernon J. Knight, Edward Moore, Eds. *The De Soto Chronicles. The Expedition of Hernando de Soto to North America in 1539-1543*. Tuscaloosa & London: The University of Alabama Press, 1993. Vol. 1.
- Curtius, E. R. *Literatura europea y Edad Media latina*. México: FCE, 1955. Vol. 1
- Chang-Rodríguez, Raquel. "Sobre la vertiente filosófica de la *Florida del Inca*." *Violencia y subversión en la prosa colonial Hispanoamericana, siglos XVI, XVII*. México: Literal Books, 1994.
- Dowling, Lee. "La Florida del Inca: Garcilaso's Literary Sources." *The Hernando de Soto Expedition. History, Historiography, and "Discovery" in the Southeast*. Ed. Patricia Galloway. Lincoln & London: University of Nebraska Press, 1997.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 1993.
- Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Garcilaso de la Vega. *La Florida del Inca*. Ed. Carmen de Mora. Madrid: Alianza, 1988.
- Hudson, Charles. *Knights of Spain, Warriors of the Sun. Hernando de Soto and the South's Ancient Chiefdoms*. Athens & London: The University of Georgia Press, 1997.
- Lledó, Emilio. *Lenguaje e historia*. Barcelona: Ariel, 1978.
- Mora, Carmen de. "Introducción." *La Florida del Inca*. Madrid: Alianza, 1988.
- Pupo-Walker, Enrique. *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*. Madrid: Poruanzas, 1982.
- Quint, David. *Epic and Empire*. Princeton: Princeton UP, 1993.
- Rabasa, José. *Writing Violence on the Northern Frontier*. Durham: Duke UP, 2000.
- Rico, Francisco. "Introducción." *Lazarillo de Tormes*. Madrid: Cátedra, 1987.
- Rodríguez-Vechini, Hugo. "Don Quijote y *La Florida del Inca*." *Revista Iberoamericana* 48. 120-121 (1982): 580-620.

Triviños Gilberto. "Revisitando la literatura chilena: "Sigue diciendo: cayeron/Di más: volverán mañana." *Atenea* 487 (2003): 113-134.